

Cierro esta reseña con unas palabras del propio autor en el epílogo que son toda una declaración de principios: “Apostemos, por tanto, por una percepción transversal de la historia del espacio arquitectónico desde su uso y sus transformaciones, a través de las constantes que realmente pudieron convenir y supeditar la construcción de un edificio: la liturgia, la historia institucional, la ceremonial, las fiestas locales o la vida cotidiana” (p. 407).

FERNANDO GUTIÉRREZ BAÑOS
Universidad de Valladolid
fbanos@fyl.uva.es

José Ignacio Hernández Redondo: *El Colegio de San Gregorio. Fábrica insigne al servicio del saber*, Valladolid, Asociación de Amigos del Museo Nacional de Escultura, 2019, 172 pp.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.85.2019.365-368>

Desde que en la primera mitad del siglo XVII el dominico fray Gonzalo de Arriaga escribiese la *Historia del Colegio de San Gregorio* utilizando para ello diversas fuentes documentales, han sido muy numerosos los textos que se refieren a este colegio desde diferentes puntos de vista, especialmente a partir del momento en que los eruditos e historiadores de finales del siglo XIX y principios del XX –en particular el padre Manuel de Hoyos–, dieran difusión a través de la imprenta a los trabajos manuscritos anteriores. El vallisoletano Colegio de San Gregorio ofrece un conjunto de aspectos institucionales y artísticos que interesan en sí mismos, pero también a la historia de la orden de los dominicos, a la historia local y, a partir de la singularidad de su arquitectura, a la Historia del Arte en general. A ello se une la circunstancia de que, a partir de 1933, se estableciese en él la sede del Museo Nacional de Escultura. Estas variadas perspectivas han dado lugar a un sinnúmero de publicaciones con objetivos propios y diversificados que aportan información cada vez más precisa sobre las numerosas facetas particulares que ofrece un edificio tan rico en propuestas. Y aunque recientemente Diana Olivares Martínez haya retomado el tema del colegio y su promotor, a los que ha dedicado también su Tesis Doctoral, titulada *Alonso de Burgos y el Colegio de San Gregorio de Valladolid, saber y magnificencia en el tardogótico castellano*, la dificultad de acceso y la dispersión de los estudios tienen como contrapartida que solo los especialistas sobre el tema puedan alcanzar una visión de conjunto. Pero esta no es una opción para el gran público. De ahí la oportunidad del trabajo realizado por José Ignacio Hernández Redondo, desde su experiencia como conservador del Museo Nacional de Escultura y de su conocimiento del edificio, acreditado por publicaciones anteriores. En su libro *El Colegio de San Gregorio. Fábrica insigne al servicio del saber*, a la vez que sintetiza los conocimientos existentes

a la luz de la bibliografía más reciente, ofrece su propia interpretación sobre algunas de las muchas incógnitas aún por resolver que siguen intrigando a los estudiosos.

Tras una breve introducción, el autor dedica el primer capítulo a la semblanza del fundador de colegio, el dominico fray Alonso de Burgos, obispo sucesivamente de Córdoba, Cuenca y Palencia, del que señala su relación con la comunidad de judíos conversos burgaleses, su destacado papel político en la corte de los Reyes Católicos y su contribución excepcional como promotor artístico en un ambiente proto-humanista. Las imágenes complementan la información sobre la apariencia personal del obispo y sobre los motivos heráldicos utilizados en las obras realizadas bajo su impulso.

A continuación, en un segundo capítulo, pasa a presentar el ideario y finalidad del Colegio de San Gregorio a partir de sus Estatutos y del testamento del fundador, con una exposición detallada del tipo de estudios que allí se habían de impartir, del motivo de la dedicación del colegio a San Gregorio, de la naturaleza y el número de los colegiales, del sistema de acceso, del tiempo de formación y de la permanencia o el rechazo de los mismos, así como de la elección y obligaciones de los cargos directivos. Se detiene también en presentar la estrecha normativa que había de regir el comportamiento de los estudiantes orientada a mantener el prestigio de la institución. Recoge las diligencias previstas por el obispo para que no existiesen interferencias entre los miembros del colegio y los capellanes de la adjunta capilla fundada por fray Alonso en la iglesia de San Pablo, así como la prevención de accidentes y salvaguarda de bienes, aspectos no siempre respetados tras su fallecimiento.

Dedica el tercer capítulo a la capilla que fray Alonso hizo reconstruir en el crucero de la iglesia de San Pablo para que se celebrasen en ella los actos litúrgicos de los colegiales y para su propio enterramiento. Recoge y amplía la información aportada por el mismo autor en su trabajo “El Colegio de San Gregorio, fundación de fray Alonso de Burgos. Reflexiones y propuestas” para el curso *Conocer Valladolid*, de 2013/14, una actividad que la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid organiza cada año desde 2007, donde actualiza la cronología de los inicios de la construcción de la capilla a partir de la nueva transcripción y estudio paleográfico de la leyenda que recorre sus muros, publicada en 2013 por Molina de la Torre. Tras la descripción detallada de la estructura del edificio y de sus elementos arquitectónicos en la que incluye consideraciones sobre el proceso constructivo y la actuación de Juan Guas y Juan de Talavera, pasa al análisis de los bienes muebles de la capilla. Concede especial atención al magnífico retablo desaparecido durante la invasión napoleónica, obra de Maestre Gilles, identificado con Gil de Siloe, y del pintor Diego de la Cruz. En función de los datos conocidos ofrece una reconstrucción hipotética del mismo, ilustrada mediante un dibujo muy sugerente realizado por Miguel Sobrino, cuya imagen principal sería el Crucifijo conservado actualmente en la iglesia parroquial de Ciguñuela –según publicación de Jesús Urrea en 2001–, y un relieve de la Ascensión de Herrera de Duero. Enumera a continuación la riquísima dotación de obras de orfebrería y ropas litúrgicas con las que fray Alonso dotó dicha capilla y que fueron desapareciendo por diversas razones, pero en muchos casos por ventas, a lo largo de los tiempos. Por último analiza la actividad de Simón de Colonia en obras anexas a la capilla, como la sacristía y el corredor que serviría de comunicación con el colegio, y propone una atrevida solución a la configuración del primitivo sepulcro de fray Alonso encargado al

arquitecto burgalés, cuya hipotética apariencia muestra en la correspondiente ilustración, realizada también por Miguel Sobrino. Las descripciones conocidas del sepulcro suscitan una imagen tan diferente de lo acostumbrado que nadie se ha atrevido anteriormente a dar una interpretación satisfactoria. En relación con la portada de la capilla que se abre al crucero de la iglesia propone una nueva lectura para datos documentales comúnmente aceptados.

El siguiente capítulo atiende a la construcción del edificio del colegio, obra considerada admirable por cuantos se han referido a ella, pero de cuya fábrica no se han conservado documentos. Hernández Redondo en este libro descarta las dudas de quienes han atribuido la obra a Juan Guas y se decanta sin reservas por su autoría. Ofrece a continuación un recorrido detallado por las distintas dependencias del mismo, en el que especifica la función y a la forma que tuvieron en origen, modificadas por las numerosas reparaciones y reformas sufridas a lo largo de los siglos. Inicia el itinerario por el Patio de los Estudios, para seguir por el Patio Mayor, que, junto con la Escalera Principal, son las piezas más significativas por su riqueza ornamental, sobre las que el autor, con nuevas observaciones, completa la información aportada en su citado trabajo sobre el colegio. Continúa por el Salón de Actos, por lo que fue el Archivo o Depósito, por el Refectorio y las dependencias destinadas posiblemente a cocina, todas ellas en la planta baja. El autor propone una posible localización para la zona residencial de fray Alonso en el piso superior, junto con la Librería. Hay que destacar en esta secuencia la atención prestada a la identificación de algunos de sus bienes muebles y especialmente a los elementos de carpintería, tan significativos en el conjunto del edificio.

La portada principal del colegio, a la que se dedica el capítulo quinto, representa un reto interpretativo sobre el que los estudiosos del edificio han propuesto diversas hipótesis, algunas muy convincentes, tanto para el conjunto como para la multiplicidad de temas simbólicos que contiene. Pero es una tarea que aún permanece abierta. Hernández Redondo incorpora las aportaciones precedentes y las inserta en su propia teoría del significado general de la obra. Coincide con muchos autores en su originalidad como fachada telón y por el hecho de que la decoración vegetal disimule y sustituya por completo a los elementos arquitectónicos, dentro de la corriente centro-europea que se denomina “obra de ramas”. Defiende la idea de que el mensaje principal de la portada tiene por objeto exaltar la finalidad de la fundación y glorificar a la monarquía y a su fundador, cuya justificación está en la repetida presencia de motivos heráldicos no solo en la portada, sino en todo el edificio. Repasa de forma sistemática y con sus propios matices el extenso repertorio temático, comenzando por el entorno de la puerta, donde, además del tema del salvaje o de la escena del ofrecimiento del Colegio a San Gregorio, llaman la atención dos personajes que desquijaran animales, tenidos en la historiografía anterior como leones, pero que la aguda observación del autor identifica como un león y un dragón, en relación con los trabajos de Hércules. Da mucha importancia al protagonismo de los seres maléficos en la portada, entre ellos el “trifonte” bajo el conopio, al que cree una alusión al diablo. En esta atmósfera del mal tendrían sentido para él los ancianos sostenidos por ángeles que se mesan las barbas con desesperación. Continúa con una pormenorizada revisión de los temas del cuerpo principal, especialmente de la fuente y el árbol, de los heraldos, caballeros y las

pequeñas escenas que los acompañan. Por último presenta sus conclusiones sobre el periodo de duración de la obras y sobre la autoría del trabajo escultórico.

Los dos últimos capítulos están dedicados al edificio anejo de los Corredores de la Azotea con referencia a su construcción y posterior deterioro hasta quedar reducidos a su estado actual, y a la historia del edificio desde el fallecimiento de fray Alonso, en la que se detiene en los acontecimientos que tuvieron lugar en él, en su decadencia, en la situación casi ruinososa a que quedó reducido tras la invasión napoleónica y en sus sucesivos destinos hasta su recuperación como Museo Nacional de Escultura.

Concluye con una nota final de agradecimientos al completarse su periodo de trabajo oficial como conservador del Museo. El libro es un excelente colofón a esta etapa. Ha sido editado de forma muy atractiva por la Asociación de Amigos del Museo Nacional de Escultura, con el complemento de numerosas ilustraciones que aportan imágenes tanto del estado actual como de partes ya desaparecidas. A la Directora del Museo, Doctora María Bolaños, se debe la presentación del libro.

CLEMENTINA JULIA ARA GIL
Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción
ara@fyl.uva.es

Sergio Núñez Morcillo: *La pintura mural tardogótica en Castilla y León: provincias de Valladolid, Segovia y Soria*, 2 vols., Valladolid, Junta de Castilla y León, 2018, ed. electrónica, 486 pp.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.85.2019.368-369>

En muchas ocasiones, se tiene la idea infundada de que hemos llegado a un amplio y casi definitivo conocimiento de la Historia del Arte en Castilla y León. Un acercamiento somero a la realidad de nuestro casi inabarcable Patrimonio Artístico nos indica todo lo contrario. Aún son muchos los ámbitos susceptibles de investigación o de nuevas reinterpretaciones acordes a los nuevos planteamientos metodológicos que se desarrollan en nuestros días. Un magnífico ejemplo de ello es el trabajo *La pintura mural tardogótica en Castilla y León: provincias de Valladolid, Segovia y Soria*, que se deriva de una notable investigación doctoral de Sergio Núñez Morcillo dirigida por Fernando Gutiérrez Baños.

El estudio, fruto de una ingente labor de campo que ha llevado al autor a recorrer miles de kilómetros por las tierras de Castilla y León, aporta un magnífico catálogo que pone al día el listado de obras pictóricas murales del periodo tardogótico conservadas en las citadas provincias. Además de conjuntos conocidos y estudiados en momentos anteriores, aunque interpretados ahora con nuevos ojos críticos, Núñez Morcillo aporta un notable grupo de obras inéditas o casi inéditas que han salido a la luz, en los últimos años, gracias a actuaciones restauradoras que se han llevado a cabo en diferentes espacios religiosos,